

Las postrimerías de Aristóteles no fueron tranquilas. De una parte Alejandro se indispuso con el filósofo porque éste se atrevió a protestar contra la ejecución de Calístenes, su sobrino, que rehusó los honores divinos al Conquistador. Pero, al propio tiempo, Aristóteles andaba empeñado en defender a Alejandro ante los atenienses. Porque Aristóteles propugnaba la solidaridad griega en contra de los patriotismos locales, más o menos exclusivos; pensaba también que la cultura y la ciencia florecerían más holgadamente cuando se extinguieran las soberanías minúsculas y, con ellas, las perturbaciones intestinas. Lo que Goethe vio un día en Napoleón, eso vio Aristóteles en Alejandro: la unificación filosófica de un mundo caótico e intolerablemente dividido. Mas los atenienses clamaban por su libertad tradicional, y llegaron al colmo de la antipatía contra Aristóteles cuando Alejandro ordenó que se pusiese una estatua del filósofo en la ciudad. Aristóteles no halló gracia ante los sucesores de Platón en la Academia, ni ante la escuela oratoria de Isócrates, ni ante las multitudes coléricas en quienes hizo tanta mella la elocuencia acre de Demóstenes. Muerte o destierro amenazaban a Aristóteles cuando murió en 323 Alejandro el Conquistador: el partido macedónico perdió todas sus fuerzas, Atenas proclamó su independencia, y Antipatro, sucesor de Alejandro e íntimo amigo de Aristóteles, marchó contra la ciudad rebelde. Eurimedón, sumo sacerdote, entabló acusación contra el filósofo porque había negado el valor del sacrificio y la súplica a los dioses. No faltó nada para que el caso de Sócrates se repitiera pero delante de jueces y de turbas mucho más hostiles. Aristóteles abandonó entonces la ciudad "para que no pecase otra vez con la filosofía". Optó, pues, por el destierro (como podía hacerse en aquel tiempo): llegó a Calcis donde cayó enfermo, y sin que podamos saber qué hubo de cierto en el suicidio que insinúa Diógenes Laercio, Aristóteles murió en 322. El mismo año murió el mayor enemigo de Alejandro, que fue Demóstenes, y así, en el espacio de doce meses, Grecia perdió sus tres dominadores por excelencia: el de la guerra y la política, el de la elocuencia, y el de la filosofía.

Todo cuanto fue gloria de Grecia, palidece ahora ante el sol naciente de Roma, más señalado por el resplandor del poderío que el del pensamiento filosófico y científico. Pero la grandeza y pompas latinas pasarán también: la razón humana, explotadora de lo visible y ávida de utilidades materiales, aguardará largos siglos para hacernos sentir sus fuerzas tan admirables como mal equilibradas. Y quien tenga ojos para ver y oídos para oír, empezará a advertir el orto de una nueva luz y de una verdadera filosofía que va viajando de oriente a occidente, encomendada a las lenguas, humanamente ignaras, de doce pescadores galileos!...

JOSE VICENTE CASTRO SILVA,

Rector del Colegio, Catedrático de Filosofía del Derecho en la Facultad y de Ética y Metafísica en el Claustro de Bachillerato.

FREUDISMO, HUMANISMO, CRISTIANISMO

Por JESUS MUÑOZ

Gobernarse por el placer no es vida humana.

Para demostrarlo no es preciso apelar a elevados principios éticos. La ciencia más solícita por el bienestar corporal del individuo, la Medicina, clama incesantemente, por boca de sus representantes de todas las tendencias, contra tales excesos y tales criterios de vivir.

Mas, ¿es universal ese clamor? ¿No sufrirá excepciones?

Veámoslo.

Si de esta unanimidad ha disentido rara vez alguna aislada orientación terapéutica, ninguna como el freudismo. Y, sin embargo, el propio freudismo, acosado por la experiencia y la evidencia, ha tenido que retroceder y aun renegar de sus propias máximas primeras.

Con procacidad no igualada en escritos de visos científicos, recriminaba Freud, a principios de siglo, a la moral como causante de las angustias de la humanidad neuropática. Para él, el instinto sexual es la raíz única y absoluta de toda energía y vida humana; su desahogo, la razón de ser de toda actividad de la humanidad; su represión, el origen único de toda angustia y perturbación neurótico-psíquica; en fin, el muro granítico que para todo pueblo y todo hombre separa lo moral de lo deshonesto no era, según él, más que pura ficción del sueño e imposición de arbitrarios prejuicios culturales. Por eso exigía la abolición de esas infundadas conveniencias sociales, como remedio único y eficaz del sufrimiento psíquico (1).

¿Se aplicó la nueva terapéutica? Sin duda en algunos casos; al menos, en los que se previese más seguro el resultado.

(1) Esto, que está patente en las obras de Freud, lo hallamos confirmado por uno de sus críticos más competentes e imparciales. Cf. Dalbiez R., *La Méthode psychanalytique et la doctrine freudienne*. Vol. 2º, c. 6, pág. 365. París. 1949.

Este, en realidad, ¿cuál fue?, ¿qué deducciones dio derecho a sacar?

No es preciso preguntarlo a los impugnadores del freudismo, ni siquiera a los observadores imparciales o a las cifras de las estadísticas. Los más adictos discípulos y seguidores de Freud responden espontáneamente.

CONTRADICCION

Quien a ninguno cede en fidelidad al maestro, Jones, en su voluminoso *Tratado teórico y práctico de Psicoanálisis*, asienta, al cabo de setecientas páginas de análisis y reflexiones: "Una disminución de las restricciones sociales relativas al instinto sexual, iría acompañada o seguida (como lo fue en la época de decadencia de las civilizaciones antiguas) de una baja considerable en la estima del amor y de la vida en general" (2).

Consecuencia para ponderarse. El genuino y primitivo procedimiento freudiano ideado para aliviar las angustias psíquicas de la humanidad, produciría, según sus propios técnicos, un descenso considerable en la estima del amor y de la vida misma. ¡Feliz manera de librar a la humanidad de sus aflicciones! ¿Cabría alguna más desoladora e irreparable en la vida terrena? Venganza aterradora, al mismo tiempo, de ese instinto bravío cuya satisfacción sólo es posible amando: que al sentir que los vínculos férreos impuestos por el espíritu ceden a sus rugidos, amenaza, desenfrenado, con ahogar al amor y a la vida.

Lo que habían plasmado los corrompidos corintios en la estatua simbólica de la hierodula Laidas en lo alto del templo de Venus: una leona devorando a su presa... ¡que con ella había comenzado jugueteando entre caricias!

Los desdichados paganos ni con eso se impresionaban.

Los psicoanalistas, aun los más despreocupados de la moral—no en vano el mundo lleva veinte siglos de cristianismo— debieron de estremecerse al prever las consecuencias de su obra.

El propio Freud, personalmente, aun a riesgo de ponerse en evidente contradicción consigo mismo, llega a escribir en 1929, a los setenta y tres años: "A veces cree uno ver claramente que la presión de la civilización no sería la única causa que refrene ese instinto y que la misma función sexual por su propia naturaleza es la que rehusa, en cuanto está de su parte, concedernos plena satisfacción, constriniéndonos a buscar otros caminos. ¿Será esto tal vez un error? Es difícil pronunciarse sobre ello" (3).

(2) O. c. (edic. francesa, pág. 733). Cf. Dalbiez, R., O. c. II, pág. 367.

(3) *Malaise dans la civilisation*, Cf. Dalbiez O. c. II, pág. 367.

Más difícil era, sin duda, contradecir explícitamente lo tantas veces proclamado. La precisión, sin embargo, en que Freud se ve de retractarse, está ahí bien clara.

Nada más natural. Ya otros de sus adictos, no tan invencibles con la ética y la humanidad, le habían dado ejemplo. Después, la mayoría, aun partiendo de los monstruosos errores básicos de la escuela, han procurado, por más que repugnase a la lógica, derivar hacia preceptos moralizadores.

Algún caso. Hasta figuras que quieren ser excepción en esto, María Bonaparte, p. ej., después de una norma de tolerancia, en la que intervienen atenuantes objetivos, tal vez no advertidos por ella misma, y limitaciones precisas que ella señala, reconoce claramente que ese criterio más libre es opinión personal suya, "de la que puede diferirse aun entre psicoanalistas freudianos" (4).

MORALIZANDO

Comprobémoslo, efectivamente, escogiendo uno de los partidarios bien afectos al sistema del que admite principios antimorales gravemente erróneos (5). Es el renombrado psicólogo de Ginebra, C. Baudouin. En su obra *L'ame enfantine et la psychanalyse*, líneas antes de expresar su disentimiento respecto de la tolerancia de la psicoanalista citada, nos ofrece una forma práctica, común entre psicoanalistas, digna de figurar en un código de la filaxis ética más ortodoxa: "Los psicoanalistas, afirma sin restricción, basados en los conocimientos que sus métodos les han permitido adquirir sobre esa etapa olvidada de la vida infantil—de los 3 a los 6 años— exortan desde luego a los padres a evitar todo lo que puede excitar prematuramente cualquier sensación peligrosa en el niño, sea cual fuere su posible ocasión: la higiene, las muestras de cariño, los juegos" (6).

¡Tan discretos se han hecho los psicoanalistas! Ya casi cavilosos y mal pensados; pero al fin, acertados en su preceptiva moral.

Así continúa el Director del Instituto Internacional ginebrino de Psicología y Psicoterapia exigiendo la mayor cautela en el modo de ilustrar la inteligencia del niño en estas materias. Nada de anticipársele. El actuar ha de ser "con todo el tacto necesario", como advierte el citado Jones (7). Los padres, u otra persona de especiales dotes, a la que corresponda satisfacer a

(4) Bonaparte, Marie. *De la prophylaxie infantile des névroses*, pág. 47.

(5) Baudouin, Ch. O. c. Neuchatel-Paris, 1931, páginas 93-94.

(6) *Ibid.*, págs. 107-108.

(7) Jones, O. supra c, pág. 819.

las legítimas preguntas del niño, lo harán "inspirándole, al mismo tiempo, el respeto a las leyes de la naturaleza" añade otro psicoanalista, O. Pfister (8). Todo ratificado por Baudouin.

¿Y si al variar las circunstancias o pasar los años, la fiereza instintiva se embravece y aspira a saber o a experimentar lo que no debe?

Sigan respondiendo los freudianos juiciosos:

"No es posible satisfacer por completo la curiosidad del niño". "Tras su curiosidad están deseos cuya satisfacción es de todo punto imposible". "La impresión de culpabilidad de que siente él acompañada su curiosidad no es posible eliminarla por completo" (9).

Tales afirmaciones del citado Baudouin sobre el niño de tres a seis años, aunque suponen en éste una curiosidad y una malicia que estamos muy lejos de admitir que sea común, sobre todo en ambientes católicos, dicen suficientemente que los desenfrenos teóricos del freudismo han tenido que ceder en la práctica ante las exigencias ineludibles de la naturaleza racional y de su ley primera, la moral.

Para fechas fisiológicas más áridas, las de las "luchas de la adolescencia masculina", otro freudiano envuelto en más de un serio error, el médico inglés Standford Read, al llegar a las conclusiones pedagógicas de la obra cuyo significativo título hemos transcrito, se expresa en los términos siguientes, tomados del notable profesor de Harvard Mc. Dougall, especialista en el estudio de la vida instintiva:

"Un carácter firme, robusto y coherente, capaz de resistir todas las influencias desintegradoras, es el que puede afrontar todos los problemas, y todas las alternativas críticas, el que puede tomar una decisión y dar a una línea de conducta el predominio sobre todas las restantes. Una capacidad así depende de la organización de los sentimientos en un sistema ordenado bajo el dominio de un sentimiento principal. Pues bien, de todos los posibles sentimientos dominantes, el más eficiente es el relativo a un ideal de carácter, a un yo autónomo, a un yo reflexivo, que pueda dominar, a la luz de la razón y de los principios morales, todas las incitaciones de otros sentimientos, todos los estímulos crudos del instinto y del apetito" (10).

Esto transcribía hace ya bastantes años el citado médico inglés. Y esto mismo, enseñaba hace aún más el psicoanalista norteamericano J. Ralph (11)

(8) *La Psychanalyse au service...*, pág. 174.

(9) Baudouin, Ch. O. c. págs. 93-94.

(10) Standford Read, C. O. c. (edc. esp., 1931) página 273.

(11) Ralph, J. *Connais-toi par la psychanalyse* (edición franc.) Paris, 1924.

con errores también en la teoría, pero con análogos aciertos morales al dar las normas pedagógicas prácticas.

Con ellas, ninguna novedad añaden estos psicoanalistas más juiciosos a lo que el hombre recto sabía y practicaba en educación moral desde los albores de la cultura racional; pero sí van corrigiendo algunos de sus graves errores propios; y, con significativa victoria del sentido moral sobre la lógica, a continuación de sus falsos y vergonzosos principios de escuela, asientan conclusiones moralizadoras y verdaderas.

El concepto y aun la expresión freudiana de "prejuicios culturales" o "arbitrarias exigencias sociales" van quedando desterrados. Ya se silencia, como no mantenida nunca, la pretensión de librar a la humanidad de la angustia psíquica tolerando el placer inmoral.

En fin, tan extrañada está en el ser humano la exigencia racional de la moralidad, que aun los manipuladores de ese sucio material freudiano, detritus humano de debilidades y culpas monstruosamente, coaccionados por la realidad han tenido que introducir en sus normas educativas y terapéuticas, severas prescripciones éticas.

Así la ética fisiológica, aun la manchada todavía con los estigmas de su torpe nacimiento, ha acabado por venir acercándose a la moral verdadera. El decálogo biológico se asemeja cada vez más al del Sinaí (12).

Es preciso, sin embargo, señalar que en algo contrastan: el ideal diseñado por aquella correcta reglamentación es la mascarilla no más del cadáver comparada con el rostro radiante de vida y vigor. ¿Qué fuerzas si no, que estímulos ofrecen esas páginas para realizar lo que aconsejan?

Ellas mismas lo dejan entender suficientemente. Un cauto silencio de desconfianza sigue sus normas como una reticencia de tristes presagios.

¡FRACASO!

Nada extraño. Al ser inteligente no pueden satisfacerle las contradicciones; y así quien, después de defender la primacía del placer, se vuelve insospechadamente a la hora de deducir sus consecuencias, a imponer una rigurosa austeridad, por fuerza ha de ponerse en lucha con la lógica y con el apetito de bienestar. Es someter a tortura a la mente y al instinto.

Los mismos freudianos no han podido disimular esta tragedia. "Es simplemente el principio del placer, dice Jones, lo que determina los fines de

(12) Errores aún en vigor como el neomalthusianismo son ya decisivamente atacados por la ciencia médica, y precisamente —nueva acusación contra el freudismo— por las perturbaciones psicopáticas a que ese ilícito modo de gozar da origen.

la vida, lo que gobierna desde sus raíces las operaciones del aparato psíquico; sobre su utilidad no puede haber duda alguna, y, sin embargo, el universo entero —el microcosmo lo mismo que el macrocosmo— se opone a su programa. Este es absolutamente irrealizable. Todo el universo se rebela contra él. Se vería uno tentado a decir que no ha entrado en el plan de la “Creación” que el hombre sea feliz” (13).

Para el buscador de placer la naturaleza es una esfinge cuyos enigmas le torturan hasta dejarle estrangulado entre los brazos férreos de sus leyes inescrutables: El apetito agujonea para que se le sacie, y lo que se llama placer es por su misma naturaleza un hecho fugaz (14), y, devorado con desenfreno, amenaza con la ruina y la desesperación (15).

La terrible conclusión, aunque deducida por Jones de su experiencia psicoanalista y de la historia, no es ninguna novedad. Esa última escena, verdadera “catástrofe trágica” del hedonismo moderno, estaba predicha hace mucho por el autor sagrado que presentaba a todos el universo en lucha contra los buscadores desmedidos del gozar.

El vaticinio ¿no tiene cumplimiento en nuestros días? Sus desastres ¿serán reparables?

Interesante será seguir consultando sobre ello a la ciencia del bienestar orgánico.

Uno de sus ilustres representantes, A. Carrel, nos podrá ayudar a encontrar las respuestas con algunas observaciones de sus últimos años, no conocidas hasta después de su muerte.

Ante la situación de su patria, Francia, escribía en sus notas íntimas el 16 de diciembre de 1940:

“Ya no hay esperanza.

“Todo se derrumba y nadie es capaz de reconstruir.

“¿Qué ceguera la de los intelectuales!

“¿Buscar en las formas políticas y sociales la explicación de los sucesos presentes! ¿No es eso un absurdo, cuando la bestialidad y la corrupción del individuo son la causa de todas las catástrofes?

“Yo mismo tampoco lo comprendía.

“Ahora empiezo a comprenderlo, cuando es demasiado tarde.

(13) Jones, E. O. c. 703-704.

(14) Jones, E. *ibid.*

(15) Jones, E. O. c. 733.

¿REMEDIO?

“¿Qué hacer? ¡Si tuviese aún cuarenta años con veinte por delante para poder trabajar! Pero hoy, ¿qué puedo hacer?

“Poner sobre el papel lo que lentamente he aprendido...” (16).

¿Ofrece alguna solución, provisoria al menos, el sabio fisiólogo, al enigma del universo? Reconociendo lealmente que ni es teólogo ni filósofo y pidiendo por ello indulgencia para sus deficiencias, presenta “una hipótesis la más cómoda”. Esquematicémosla.

Como nuestro espíritu consta de dos realidades, dice con cierto empirismo filosófico simplificado, así el mundo exterior tiene dos aspectos. Somos capaces de ser conmovidos por la belleza de una puesta de sol y de medir la longitud de onda de la luz que de ese mismo sol emana.

Las leyes físicas y químicas, las leyes fisiológicas, el orden de la naturaleza pueden ser considerados como la expresión de un espíritu, de alguna manera análogo al nuestro, que se revela en el cosmos y en nosotros mismos, que fuese el substrato de todas las cosas (17).

“El orden material y moral puede considerarse como la expresión de la inteligencia de Dios.

“Estas leyes naturales y divinas son la razón de ser del mundo. Nosotros somos libres para ajustarnos o no ajustarnos a ellas. Ellas son silenciosas, pero inexorables. Toda transgresión —o pecado— es castigado. Ahora o después. En nosotros o en nuestra descendencia.

“Es lo que sucede, p. ej., actualmente: nuestra civilización se desploma porque las concepciones de nuestros antepasados eran erróneas, es decir, no eran conformes al orden de la naturaleza” (18).

La ciencia médica, ayudada de “el simple ejercicio de nuestra inteligencia” (19), ha dado un diagnóstico etiológico antitético al del hedonismo sea el de Aristipo, de Bentham o de Freud.

La raíz del mal no está en la represión de los instintos sino en su insurrección contra las leyes de la naturaleza racional que son las de Dios.

(16) Carrel, Alexis. *Meditations* (última parte de su obra póstuma). *Le voyage de Lourdes, suivi de Fragments de Journal et de Méditations*. París. 1949; pág. 154.

(17) Entiéndase: la causa y razón de ser última de todo, que a todo da consistencia pero distinta personalmente de todo lo creado. Como se ve en su expresión, Carrel debiera ser más exacto.

(18) O. c., pág. 158.

(19) O. c., pág. 159.

Y Dios aceptará ese desafío: de su parte se pondrá su obra, la Naturaleza, convertida en máquina de guerra...

El reconocimiento clínico del organismo doliente víctima del encuentro, ha venido a confirmar el pronóstico psicológico-moral formulado por el sabio de hace dos mil doscientos años: las fuerzas del universo combatirán y torturarán al insensato y rebelde transgresor de las leyes divinas (20).

Un jalón intermedio entre estas dos distancias seculares se alzó donde menos tal vez pudiera esperarse, entre el oleaje voluptuoso de dos etapas de decadencia pagana clásica, en Grecia y en Roma.

El estoicismo nacido en Grecia ya oscurecidos los más lejanos resplandores del gran siglo de Pericles, es un elocuente y valeroso alegato de la dignidad y libertad humana contra la bestialidad de la esclavitud al placer (21).

La Naturaleza es un enigma nefasto concluía, lo mismo que sus antecesores, el moderno freudismo.

La Naturaleza es buena y es perfecta, replica del estoicismo.

El móvil de la vida, el resorte del psiquismo es el placer, oíamos a Jones reproduciendo crudamente errores de Aristipo y su escuela.

La razón de la vida, define el estoico, es la virtud.

¡Todo placer! reclamará el primero, eco a través de las edades de los aullidos de la Roma decadente que herían a los estoicos.

¡Sólo virtud! le ataja Séneca. Eso es lo digno del hombre. Eso es

LO HUMANO

Dos mundos se debaten aquí. Y a tenor de sus obras, como el mismo Séneca nota a propósito de la elocuencia, son sus palabras.

Aquél halaga, éste hiere; aquél es muelle, éste áspero, aquél —nos lo han reconocido sus mismos defensores— enerva y mata, éste conforta y vivifica; aquél es la ignominiosa dejadez del perezoso amodorrado en el lecho, éste el enérgico marchar del atleta, con la luz de la aurora, hacia las cumbres. En el freudiano, más aún que en el viejo epicúreo habla el innoble desorden de los instintos y apetitos bastardos; en el estoico alza su voz la dignidad

(20) Cf. Sap. 5, 22.

(21) Acerca del Estoicismo nos han sido útiles el c. V. del excelente estudio del Prof. de la Universidad de Ginebra, Ch. Werner, *La Philosophie grecque*. París. Payot 1946 y la Introducción de la valiosa obra del Prof. de la Universidad de Comillas, R. P. Salvador Cuesta, S. J., *El equilibrio pasional en la doctrina estoica y en la de San Agustín*. Madrid. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. 1945.

humana que, aun postrada, deja entrever su generosa estirpe. El hombre freudiano es, en realidad, un viejo simio... de maneras civilizadas; el estoico, aunque menesteroso y desterrado, es de linaje divino.

Nada de extraño que el propio Freud llegase en algún momento a sospechar lo vergonzoso y funesto de su obra e insinuase un gesto que aceptasen como orientación algunos adeptos, neo-moralistas, en sus preceptos ya que no en sus principios ideológicos ni siempre en sus conversaciones con los clientes.

CONCEPCION ESTOICA

Por eso el hombre sano de mente respira en los escritos del estoico Séneca un aire vital que temple el espíritu. Por eso aunque incompleto como filósofo y más deficiente aún como estructurador metafísico de la moral, Séneca ha sido leído y lo será siempre, con respecto y admiración. En su voz, aunque destemplada por las estridencias del error y el orgullo pagano, se descubre el timbre inconfundible, majestuoso e inapelable, de la naturaleza que promulga sus leyes sapientísimas; y esas grandezas y hermosuras de la probidad moral que, escondidas a los ojos legañosos de los impuros, embellecen el universo racional, él las descubre y las recoge para ofrecerlas como dechado a la humanidad, engastadas en el bronce y el oro de su estilo. Más que profundo razonar, su trabajo es afirmar y describir. Eso tiene la virtud para atraer, basta verla como es. Como la luz, por sí sola anima y da alegría.

Las razones profundas que daban consistencia a sus esbozos de sistema se reducían a dos. Una empírica negativa: la sociedad que el estoico tenía ante sus ojos, degradada por buscar el placer, era una demostración de que en el placer no está el ideal del hombre. La otra, algo más metafísica, positiva, basada en el esplendor y armonía del universo cósmico objeto predilecto de la contemplación estoica: en los cielos el mundo sideral y en la tierra el inorgánico y biológico-vegetativo, constituyen y despliegan esa soberana realidad de la Naturaleza que nos deslumbra con su magnificencia y nos extasia con sus encantos y su perfección. Pues bien, nada en tan incomparable conjunto, inconsciente todo él, puede sentir placer; luego no es éste el manantial de los bienes. Todo, en cambio, en el universo, aun el ínfimo átomo, está sujeto a obrar según las leyes y exigencias de su respectivo sér, de su naturaleza. Ahí estará, por tanto, la raíz y el manantial de toda perfección, en someterse y conformarse en el obrar con las exigencias de la naturaleza. Esta será para el estoico el todo.

“Vivir según la naturaleza” fue el apotegma de Zenon de Citio, fundador de la Estoa. Y ese mismo, el testamento del postrero de sus representantes, el emperador Marco Aurelio: “¡Oh mundo, cuanto para ti es conveniente, lo es para mí! Nada me llega tan temprano o tarde si te llega a ti en sazón. Cuanto me traen tus estaciones, ¡Oh Naturaleza! es fruto para mí”.

El orden del universo es su ideal, y el estoico se esfuerza por sometersele en todo, placentero o arduo.

¿Qué lograría, si no?

“Ducunt volentem fata —le advierte Séneca—, ~~volentem~~ trahunt”.

“Si accedes, el hado te guiará; si rehusas, te arrastrará”.

Y en ese mundo universo, maravilloso e inexorable, el hombre es el más excelente de los seres. Su naturaleza, racional. Esa, pues, será su ley: la razón. Su perfección, por tanto lo que la razón manda: la virtud.

—¿Y los sufrimientos que la acompañan? ¿Y los halagos con que el placer y el vicio me solicitan, pregunta con gemido el hombre débil y corruptible?

“Sustine et abstine!” había respondido Epicteto, el primero de los estoicos del Imperio: “¡Soporta! ¡Refrénate!”...

Y ¿por qué no?, razonemos con Séneca desterrando lejos de sus riquezas y de los suyos, consolando a su atribulada madre Helvia.

DIGNIDAD HUMANA

“Nobles somos por linaje, con tal que no degeneremos de él. Ya cuidó la naturaleza de que para vivir bien, bastase poco. A nadie le falta lo bastante para hacerse feliz. Poco valen las cosas pasajeras y poca es su fuerza para llevarme tras sí: al sabio ni lo próspero le exalta ni lo adverso le deprime (22).

“¿Qué ganas con encariñarte con la fortuna como si no te bastase la virtud?, añade a su hermano Gallión. Lo que ésta tiene de vigor aquella la debilita; su libertad, dote la más preciosa si permanece íntegra, la enclaviza. Porque ¿qué servidumbre mayor que comenzar a necesitar de la fortuna? Esto vuelve la vida ansiosa, preocupada, llena de turbación, temerosa por lo que sucede, inquieta por lo que sobrevendrá” (23).

“Jamás puse mi confianza en la fortuna, por más que se me presentase próspera. Todo aquello que con espléndida generosidad me entregaba, dinero, honores, gloria, lo dejé donde pudiera ella volverlo a tomar sin alterarme. Medió siempre gran distancia entre esas cosas y yo; así que se las llevó, no me las arrancó.

“Sólo oprime la adversidad al que se dejó engañar por la prosperidad. Los que se enamoran de los dones de ella recibidos como algo propio y perpetuo, y se engrién con ellos, húndense luego consumidos de tristeza, espíritus

(22) Cf. *De Consolatione ad Helvian matrem*, c. V.

(23) Cf. *De Vita beata ad Gallionem fratrem*, c. XV.

necios y pueriles, desconocedores del verdadero placer, cuando les faltan esos regalos falsos e inconsistentes” (24).

“Pásense los días en llorar y gemir, decía poco antes, los afeminados a los que la larga fortuna privó de vigor, pero los que han avanzado a través de los años como entre tormentas de desgracias, soportan con ánimo invicto aun lo insoportable. Un bien tiene la desdicha perpetua, que a los que más prueba, al fin los curte y hace inquebrantables” (25).

Y ¡contraste impresionante!, aquella misma sociedad muelle y afeminada, juguete de su debilidad y condescendencia con sus caprichos, es la que ávida de “pan y circenses” se entusiasma y aclama frenéticamente a los que logran el triunfo en la carrera o en la lucha a fuerza de templarse y endurecerse con el esfuerzo y el sacrificio.

Siglos antes, los griegos, corroidos por la molicie, crearon el laurel olímpico no para el lascivo, sino para el atleta y el púgil de cuerpo curtido por la dureza de la vida y consumido por el esfuerzo agotador de la competencia.

Y esa misma Grecia, en la página tal vez más elevada de su lirismo y su metafísica, aunque demasiado próxima a otras indicios de la hediondez pagana, desprecia al ebrio y sensual Alcibiades y mira casi como a un Dios a Sócrates, porque su mente, absorta en la contemplación de lo ideal, no permita a su cuerpo sentir las vibraciones de la carne.

Así en el degenerado ayer.

¿Hoy?

Hoy como ayer, la humanidad no ha podido desmentir ese clamor unánime de la verdad y la naturaleza. Siempre ha tenido que juzgar lo mismo. Los soldados de Anibal, enervados en Capua, sólo inspiran desprecio; escalando los Alpes, asombro.

No es la única aspiración del hombre satisfacer sus instintos sensibles. Los hombres todos admiran, casi veneran con admiración irreprimible al héroe. Y el héroe es el que renuncia valerosamente al placer porque el deber le impone despiadadamente el dolor. Por eso se le exalta. Si sucumbe en la lid, se le sublima. Si débil, cede, implacablemente se le desprecia. Aquél es el vencedor. Los dados al placer, los vencidos.

Fuera, ignominia.

¿Dentro?

(24) Cf. *De Consolatione...*, c. V.

(25) *Ibid.*

¿REALIDAD PLACENTERA?

Respondamos, por aducir un testigo, de ambiente no aludido aún, un pensador cercano y lejano a la vez, el contemporáneo ruso ortodoxo, N. Lossky. Al examinar el resultado de las morales eudemonísticas, consigna como el más natural de los hechos:

“Es una realidad comprobada ya desde hace largo tiempo que aquellos que ponen como aspiración de su vida el placer, no lo logran jamás” (26).

Otro bien distinto es el resultado de sus dictámenes y sus esfuerzos. Así lo pinta una y cien veces Séneca: “¿Qué enemigo hay que así nos maltrate y nos ultraje como ultrajan a algunos sus placeres? Gente desventurada y vil, que si alguna piedad merece es porque cuanto hace no es más que padecer. Son los esclavos de sus placeres, no los señores. Su vida es servirles; no, gozarlos” (27).

Séneca conocía la realidad. La antigua y la actual.

Con su tolerante filantropía daba las buenas noches A. Munthe, de paso por uno de los boulevares de París, a una mujer degenerada que bebía ante una de las mesillas de un café, ya, a aquellas horas, solitario.

—Y esa vida ¿qué tal?

—Desesperante, responde la infeliz.

—Y después, el infierno; añade el interlocutor, entre cáustico y volteriano.

—¿Pues qué? —cierra el diálogo aquella— ¿no me basta mi vida para infierno?

La piedad humanitaria del mismo médico quiso un día ofrecer a la desgraciada el consuelo de que viese el cadáver de una niña inocente que sabía hija suya, fallecida en la casa religiosa de beneficencia donde, recogida, recibía educación. La condición de médico y su sagacidad hallaron el ardid para que llegase hasta el lecho de aquel ángel exánime, la hembra degenerada.

Al verla, enmudeció transida de dolor.

Bésala, le insinuó el médico, es tu hija.

(26) Lossky, N. *Des conditions de la morale absolue* (Cahiers de Philosophie, 22). Traducción del texto ruso inédito por Jankélévitch. Neuchatel. E. Baconnière. 1948.

(27) Epístola XXXIX. En los pasajes de Séneca y San Agustín que citaremos, la traducción fiel al sentido, no pretende ser literal, fuera de algunas frases en las que convenga trasladar rigurosamente la expresión misma del autor.

No me atrevo. Me da miedo mancharla; respondió la infeliz.

Ese es “el placer”. Tortura que corroe las entrañas. Degeneración que abochorna a su propia víctima. ¡Vida infernal!

“Gente desventurada”, recordemos con Séneca, la que, lógica con sus apéritos, consiente en ofrecerles plena satisfacción. “Miserables, que si alguna piedad merecen es porque cuanto hacen no es sino padecer”.

Mas, ¿no sufre también el justo, el recto?

Infortunios, a todos nos han de tocar, como a nadie falta tampoco alguna vez la caricia de alguna prosperidad placentera. ¿Qué hacer entonces?

“¿No hemos, pues, de gozar del placer, objetaba a Séneca su amigo Lucilio, ni al tenerlo presente?

“Y quién va a negar eso? Mas disfrútense de modo que esté él sujeto a nosotros, no nosotros a él.

Los dones de la fortuna sólo serán fructuosos y placenteros, si el dueño de ellos lo es también de sí.

“Se engañan, Lucilio, los que piensan que es la fortuna la que nos da los bienes y los males; da sólo aquello de lo que ha de salir el bien y el mal, no da más que el comienzo de lo que nosotros transformamos en mal o en bien. Más poderoso que toda fortuna es el ánimo; él es el que lleva las cosas al bien o al mal; la existencia feliz o desdichada él se la hace. El malo lo vuelve todo en mal, aun lo que parecía óptimo; el que es entero y recto corrige lo siniestro de la fortuna, suaviza con su sabiduría lo duro y áspero, recibe lo agradable con gratitud y dominio, lo adverso con firmeza y valor... Si las contrariedades arrecian, éste sea, sin quejas, tu comentario: Los dioses lo han preferido así. Dii melius: ellos juzgan y proveen mejor. Al así preparado nadie le herirá” (28).

El estoico, el Sabio, ¿ha llegado con esto a su ideal?

A concebirlo, sí.

¿A realizarlo?

¿IDEAL REALIZADO?

Levantada está la mente del filósofo sobre todo lo humano al describir ese ánimo enaltecido de “el Sabio”, cuando de lo profundo de su memoria sube, excitado inesperadamente, un rumor tumultuoso.

(28) *Epist.* XCVIII.

Son los reproches “de esos —dice el mismo con mal reprimida rabia— que se vuelven a la sabiduría para acosarla ladrando.

“¿Cómo es eso, le increpan, que tienen tus palabras un vigor que no muestran tus obras? ¿Por qué te alegras o te entristeces con los sucesos como cualquiera de nosotros? ¿Cómo no se ajusta tu mesa a tus preceptos? ¿A qué esa esplendidez en el ajuar; ese vino que bebes, de más años que tú? ¡Ese lujo en tu casa! ¿Esa magnificencia en tu parque? ¿Esas joyas en las que ostenta tu esposa las rentas de tus fincas?

“No lo negaré —tienen en medio de su indignación la forzosa lealtad de confesar—. No soy sabio; y, más he de decir en que cebes tu maldad, ni lo seré.

“Pero vosotros ¿qué sois? —continúa— ¿qué hacéis? Repetir lo que otros degradados echaban en cara a los hombres más insignes, a un Platón, a un Epicuro, a un Zenón. Pues bien, sabed que no hablaban éstos de su vida sino de cómo debe vivirse. Lo mismo os digo yo: no hablo de mí sino de la virtud.

“Vosotros, en cambio, criticáis de la vida del uno, de la muerte del otro; y al paso de la fama de esos hombres eminentes por algún mérito insignes, salís a ladrar como salen, a la vista de los desconocidos, los miserables gozquejos, “minuti canes latratis”.

“Decís que nadie cumple lo que dice ni responde su vida a sus palabras. Y ¿qué tiene de extraño, si lo que predicán es incomparable, abrumador, superior a toda humana contingencia?” (29).

En efecto: razonaban, precisaban, disertaban magníficamente los estoicos. Pero su vida, hemos de reconocerlo, no fue tan hermosa como sus discursos. Esto no podía disimularse.

Mas, ¿podría alguna vez alcanzarse?

“No te hagas ilusiones, venía a responder Séneca a propósito de esto a su amigo Lucilio, refiriéndose a uno que se tenía por bueno. No llega nadie a bueno en tan poco tiempo; eso ni se concibe. Y hablo de bueno, por decirlo así, de segunda categoría; que el bueno de verdad, ése acaso aparezca uno, como el fénix, cada quinientos años...! (30).

¡Lastimosa conclusión de tan elocuentes razones y consejos!

Mas al fin, ¿habrá formado el estoicismo un hombre bueno?

(29) *De Vita beata*. c. XVII, XIX.

(30) *Epistola XLII*.

¿HUMANO?

Preciso es también confesarlo. El estoico, con toda su grandeza, no es capaz de producir un hombre. El estoicismo no es humano.

Como en su concepción cosmológica del Universo todo es fatal, así su hombre por excelencia, “el Filósofo”, “el Sabio” es inflexible, férreo no es un hombre. El hálito de un auténtico espíritu grácil e inmaterial no vivificará al mundo del estoico; falta aquí el “anima mundi” de Platón, y mucho más ausente está el Espíritu de Dios que infunda desde la altura fecundidad y belleza a la creación. Sólo hay aquí un reloj gigantesco de bruñido acero que tritura sucesos e individuos al girar de sus dientes metálicos. Ser sabio es dejarse aniquilar impasible.

El intenso gozar es momentáneo, reconoció el libidinoso freudismo; y el hombre no se sacia con él. Vive, pues, condenado a la desdicha: el mundo es un suplicio. A más que placer momentáneo no es posible aspirar, reconoce igualmente el estoico. Mas, ¿qué importa? El goce de poseer la virtud es placer absoluto, y nada ganará con la duración aunque ésta sea infinita (31).

“A todos sobrepujarás —confirma Séneca—. Un foso inmenso te separará de! resto de los hombres. Apenas si te aventajarán los dioses. ¿Aventajarte? ¿En qué? Vivirán más que tú; el goce de su virtud, durará más que el tuyo. Más, la verdad, es primor de artista consumado condensar la grandeza en la pequeñez” (32).

Palabras deslumbrantes sin duda... Pero ¿más que palabras?

Ese vivir del individuo, ese poseer y gozar de la virtud, queda reducido en la realidad estoica a la existencia momentánea de un átomo fugaz y olvidado, sin otro indicador de los puntos de su órbita en el universo, mientras marcha a ser triturado en sus abismos, que las férreas coordinadas de Epicteto: “¡Soporta! ¡Refrénate!”

¿Es ese sabio, un hombre?

Bien para diseñar de un trazo al héroe que se bate en un momento de valor sobrehumano. Pero ¿puede ser la vida una cadena de momentos intolablemente heroicos? Ese hombre sin humanidad, porque ha abierto un abismo entre él y sus semejantes; apretado torturantemente por el ansia del arduo ideal a que aspira; extenuado por sus esfuerzos para lograrlo; amargado por la sátira justa de sus difamadores; en fin, envuelto en aquella atmósfera inerte y desolada de la cumbre de una virtud sin esperanza de más duración

(31) Cf. Werner, cf. O. c. págs. 232-233.

(32) *Epistola LIII*.

que unos momentos "en los que como artista genial condense las maravillas de una duración sin término..."; ese filósofo, ese sabio heroico ¿es una realidad o una quimera?

Requisito indispensable del obrar racional es que exista una razón que justifique tal proceder. Y el estoicismo ¿ofrece una razón satisfactoria que compense su incesante sacrificarse? ¿Bastará el llamar al placer de la virtud, absoluto, para que poseído un momento, se tranquilice definitivamente el hombre con él? ¿Y cuando ese momento aún no ha llegado? ¿Y el futuro qué le sucederá?

El sabio estoico ambiciona vaciar su vida en un gesto de esfuerzo titánico. Actitud buena para forjada en bronce. Pero ¿para vivida?

¡SOBREHUMANO!

"Te harás —dice Séneca alentando al ideal así concebido— nada menos que un Dios! Más aún: ¡Superarás a Dios!" (33).

¿Cómo así? ¿De qué Dios habla Séneca? ¿Del que mora en los cielos? ¿De qué hombre? ¿Del imperturbable de ánimo, menospreciador de la riqueza... rasgos más que humanos, es verdad, pero despreciador también y desdenoso con los hombres, sin amor, sin generosidad, y que, dominado y austero, no se aviene a vivir sin los abrazos de la esposa? Ese, ¿hombre divino?, ¿más excelso que el verdadero Dios, el incontaminado, el Santo, el que hace brotar de la nada las riquezas para entregarlas a los hombres que le olvidan, el bienhechor más generoso, el infinito Amor, el infinito Bien?, ¿cómo ha podido confundir el estoico realidades así distintas infinitamente?

Y aún se ratifica.

"Porque hay algo en lo que el sabio supera a Dios. Este no teme por don de la naturaleza, el sabio por su esfuerzo. Que es cosa grande unir con la debilidad del hombre el sosiego de Dios. Increíble poder el de la filosofía para dominar cualquier posible contrariedad" (34).

Extraña idea la que del hombre y Dios puede caber en la mente pagana. ¿Qué realidad creada, y, cuanto más, qué virtud humana no es generoso beneficio de Dios? Con más acierto escribía en otra ocasión el propio Séneca: "Ser bueno sin la ayuda de Dios es imposible. Pues ¿puede, acaso alguno, sobreponerse a la fortuna si El no le ayuda?" (34-bis).

(33) *Epistola* LIII.

(34) *Ibid.*

(34-bis) *Epist.* XLI.

Mas seamos indulgentes todo lo posible con el error gentilico. Demos que fuese la realidad cual la supone Séneca en aquel pasaje. Seamos tan sólo lógicos.

Si tan egregio es unir serenidad con sufrimiento ¿por qué detiene el filósofo con temor su paso en el sufrir moderado? ¿Por qué no poner su ideal en el padecer acerbamente? Si el no alterarse ha de ser divino, ¿por qué el sufrir no ha de ser de veras humano?

Mas esta realidad, sangrienta y repulsiva, no era digna de los ojos del sabio, puestos siempre en lo alto. El pensador, el filósofo, el hombre libre de Roma apenas si sabía lo que es sufrir. Quien sabía de sufrir era el esclavo. Pero al mundo oscuro y sórdido de la esclavitud ¿cómo iba a volver detenidamente su atención y sus ojos el sabio que, aun al pensar en el sufrimiento, tenía que forjarse la imagen de un dolor estético y hermoso, cortejado por el susurro de la admiración y de los elogios? Por eso no llegó a conocer Séneca la realidad del verdadero dolor ni de la verdadera divinidad. Sus ojos y su mente, absortos en el ambiente cargado de polvo de oro y de perfumes del fastuoso orbe imperial, no lograron atravesar aquella densa nube ni llegar a una atmósfera más límpida e ingenua...

¡Ah! Si la hubiese buscado bajo el cielo sereno de aquel Oriente olvidado, tierra de plebeyos y beduinos, donde los rudos pastores se turnaban en las noches de invierno cuidando de su ganado sobre el campo...

Allá lejos de Roma, en la soledad y el silencio de la diminuta Belén, hubiera podido ver sobre la cuna del más desvalido de los esclavos, entre el vaho del estiércol de un establo y los encantos inefables de una madre virgen, al sumo Dios en la pobreza suma. Así, dando al nacer su primer paso en la marcha hacia el sumo sufrimiento.

Treinta y tres años quiso emplear en su jornada. Para saber de trabajos y penalidades. No había fuerza ninguna que a esto le constriñese. Lo escogió porque quiso, porque amaba a los hombres, sus esclavos.

No es ciudadano libre de metrópoli o de colonia. Prefirió libremente ser un pobre aldeano. Se dejó degradar por la espantosa flagelación, la tortura de esclavos. Así marcha a consumir su vida no entre sentencias áureas de sabio, sino entre realidades:

El, dueño de la riqueza infinita, menesteroso; El, señor de la gloria, vilipendiado; poseedor de los eternos goces, transido de dolor; con el cuerpo inocente deshecho en llagas que destilan el bálsamo del perdón para sus verdugos, que muere bendiciendo a los que le maldicen, ganándoles con sus torturas la dicha eterna.

"Es cosa grande unir con la debilidad del hombre el sosiego de Dios".

Es cosa divina fundir en uno la debilidad y poder, ignominia y honor, torturas desgarradoras y sosiego majestuoso del verdadero Dios crucificado.

"Increíble poder el de la filosofía para dominar cualquier posible contrariedad".

Poder incomparable el de la infinita Bondad para transformar las quimeras de los hombres en divinas sublimidades.

LO CRISTIANO

¿Qué no hará en la tierra la presencia de sabio tan insospechado para el paganismo, verdadero hombre paciente y verdadero Dios omnipotente?

El bronce sombrío e impenetrable de los cielos para el estoico se hiende ya por mil brechas y el orbe humano se siente revivir envuelto en resplandores alegres y triunfantes que transforman y enaltecen lo humano con las grandezas celestiales de "Lo Cristiano".

"Ni Platón, ni Epicuro, ni Zenón, es verdad, lograron ajustar su vivir a las perfectas normas de su filosofar. Hemos de reconocerlo lealmente" afirmaba Séneca. "Un verdadero sabio, un verdadero filósofo, Lucilio, cada quinientos años, tal vez" (35).

Pues bien, ¿quiénes son todos éstos, gentes bien conocidas en Roma, plebeyas y rudas en buena parte, inhábiles para seguir un raciocinio sostenido, como que cuanto saben ha habido que enseñárselo por medio de parábolas ("narraciones sobre premios y penas de la otra vida")? ¿Quiénes son éstos, preguntemos con el docto Galeno en el siglo II, que "se llaman cristianos, que han aprendido sus creencias por medio de comparaciones, narraciones, parábolas?" ¿De qué filosofía serán capaces esas toscas mentalidades?

"Y, sin embargo, continuemos transcribiendo al celebrado médico, casos hay en que éstos se portan ni más ni menos que como los que de verdad filosofan. Porque que desprecian la muerte, bien a la vista lo tenemos. Y más aún: por amor al pudor renuncian con horror a todo lo sensual; porque los hay entre ellos, mujeres y varones, que durante toda su vida permanecen vírgenes; y no menos los hay que en refrenar sus pasiones todas con esfuerzo terrible (acerrimo studio), han llegado a un dominio tal de sí, que en nada ceden a los que verdaderamente se muestran filósofos con su vida" (36).

¿Cómo, se impone el preguntar, habían pasado tan de prisa los quinientos años...?

(35) Cf. l. c. *De vita beata*, c. XVIII, *Epist.* XLII.

(36) *De sententiis Politiae Platonicae*. Cf. Kirch. *Enchiridion fontium historiae ecclesasticae antiquae*. Friburgi, 1910, No. 132.

Porque lo que es imposible a los hombres, a un sabio como Séneca, le es muy fácil a Dios.

De la cenagosa charca del Imperio, cuyo limo era, al fin, barro humano, había podido brotar sobrenadando como nenúfar prudente, la doctrina moralizadora del estoicismo: ¿qué no podría germinar la tierra regenerada por la sangre de Dios?

MUNDO EN FLOR

Sus mismos brotes primeros fueron el desplegarse de una nueva era jamás conocida en los mundos.

La cumbre inaccesible de la sabiduría era soportar el infortunio sin quejarse. La página primera de la historia de los cristianos está ensangrentada con la ignominiosa y atroz flagelación de sus mismos jefes, los, tan poco hacía, amedrentados Pedro y compañeros. ¿Su reacción? "Salían radiantes de júbilo del tribunal por haber sido dignos de padecer sufrimientos deshonrosos en honor a Jesús" (36-bis).

Esto ya lo había advertido Galeno.

Su perspicaz mirada de médico no había reparado, con todo, en otro rasgo. No lo consignó al menos.

Las páginas más nobles y serenas del filósofo Séneca, las *De Vita beata*, se turban y aborrascan tempestuosamente al soplo del odio y de la envidia de sus detractores. La cólera centellea en los ojos alterados del predicador del equilibrio, y su lengua y su pluma escupen contra aquellos, en propia defensa, palabras inyectadas en bilis.

Un grupo de libertos de Cirene, Alejandría, Cilicia y Asia Menor, orgullosos por su categoría social y por la fe de Abraham que como seguidores del judaísmo profesan, se amotinan indignados contra el más elocuente entonces de los predicadores de la secta del galileo Cristo. Las palabras y el vigor sobrehumano de Esteban los abruman. La rabia los corroe. No hallan qué responderle. Un grito sedicioso: "es un blasfemo", les va a dejar desahogarse. Le arrastran ante los jueces; se apalabran testigos falsos; se le saca tumultuosamente del tribunal y, fuera de los muros de Jerusalén, para que su sangre no contamine a la ciudad, se le mata a pedradas...

Ya le han derribado en tierra, pero aún puede hablar. Son sus últimas palabras. "Y mientras le apedreaban, puesto ya de rodillas y alzando los ojos al cielo, dijo con gran clamor: Señor Jesucristo, no les castigues por este pecado. Y, en diciendo esto, expiró" (37).

(36-bis) *Act. Apost.* 5, 41.

(37) Cf. *Act. Apost.* 6, 9-15; 7, 55-59.

A este amor a los enemigos, a esta mansedumbre evangélica tan sobrehumana... y tan humana, no llegó Séneca, no llegó el estoicismo; es flor del Cristianismo.

Del cristianismo humano, que no necesita para sus heroísmos de actitudes esculturales, de músculos tensos. El espíritu es aquí el que actúa y vivifica y a él se pliega la misma carne, como olvidada de su inercia, con dúctil naturalidad. No ha venido a destruir la humildad de lo humano sino a divinizarla. No elimina el dolor; pero lo transfigura uniéndolo al del Redentor paciente, y haciéndolo, como el suyo, meritorio y fecundo. No mata la tristeza; pero hace que sus hieles depuren el corazón y lo hagan vaso de esencias celestiales. Ni siquiera proscribía con horror gnóstico o maniqueo, los placeres honestos del cuerpo, pero invita a quien posee espíritu a vivir, aun en carne corruptible, como los ángeles.

Humano, porque se ha hecho para hombres, su aspirar es siempre a lo divino porque sabe que nada hay mejor para el hombre que asemejarse a Dios.

Así, en la pena o en el gozo, le va haciendo feliz.

“Si tan fácil es ser sabido, ¿diré que yo lo soy? —pregunta Séneca—. De ninguna manera; pues si eso pudiera afirmar, no sólo habría de confesar que no era desgraciado, sino el más afortunado de los hombres y consorte de Dios”, hombre divino (38).

FILOSOFIA IMPOTENTE

Dura contradicción la del sabio que se encuentra tan lejos de la sabiduría. Contradicción que ha dilacerado tantos pechos.

Uno de éstos, ardiente con fuego de pasión, como hecho para emparejar con una inteligencia que brilla con fulgor de genio, es del africano Agustín.

Todo el saber del paganismo atesorado en su entendimiento portentoso, no lograba apaciguar aquellas llamas de concupiscencia que abrasaban sus venas. Las execraciones de los estoicos y los cínicos contra el placer, se le hincaban como dardos de acero y le hacían avergonzarse de su bajeza. Las sublimidades platónicas solicitaban su espíritu sediento de la altura. Pero los tirones de la carne le despeñaban de nuevo en su torpe abyección...

¿Qué le faltaba para dominar? ¿La sabiduría?

“Y no podía ya excusarme con lo que otras veces me parecía valerme de disculpa, que no conocía con seguridad la verdad; ahora ya la conocía perfec-

(38) *De Consolatione*, c. V.

tamente. Con todo, pegado a la tierra rehusaba alistarme entre los tuyos y temía verme libre de todos aquellos impedimentos como hubiera debido verme enredado en ellos” (39).

“Así enfermaba yo y me sentía torturar reprochándome a mí mismo más acerbamente que nunca; revolviéndome dentro de aquellas ataduras, a ver si se rompía aquello que me tenía sujeto, poca cosa ya, pero que al fin me retenía...

“Y me decía animándome allá en mi interior: Ahora, ahora lo haré; y ya casi me decidía, ya casi lo hacía; pero en realidad aún no lo hacía... Y otra vez me esforzaba, y ya faltaba menos, y un poco menos; y casi ya lo tocaba y lo alcanzaba; pero al fin ni llegaba a él ni lo tocaba ni lo alcanzaba, fluctuando entre morir o vivir, porque podía en mí más lo malo inveterado que lo excelente desacomumbrado y el irme acercando al momento feliz en que me transformase aumentaba mi horror” (40).

¡Debilidad de la impotencia humana!

Y ¿qué era lo que así le arredraba y le retenía?

“Aquellas necesidades de necesidades y vanidades vanísimas, mis antiguas amigas, que tirándome de este vestido de mi carne me repetían: ¿Y nos dejas? ¿Y desde este momento no volveremos a estar contigo jamás? ¿Y desde este momento nunca más te será lieito esto ni aquello? ¡Y qué cosas, Dios mío, qué cosas me sugerían con las palabras “esto y aquello”! Por tu misericordia, aléjalas del alma de tu siervo. ¡Oh, qué suciedades me sugerían, qué asquerosidades!” (41).

“Y así enfermaba y me sentía torturar”. “Y la carga del vicio y la costumbre me oprimía... siendo semejantes los pensamientos con que pretendía elevarme a ti a los esfuerzos de los que quieren despertar, mas, vencidos de la pesadez del sueño, caen rendidos de nuevo” (42).

¡Ah “increíble poder de la filosofía —celebrado por Séneca— para reprimir y aniquilar los asaltos más insospechados”. ¿Dónde estás, que tan impotentes son tus forcejeos para ahuyentar esas bagatelas y rasgar esas telas de araña?

¡Ah mente llena de sabiduría y llena de desventura! “Ya no tenía razones ni pretextos con qué excusarme, y aún estaba muda y aterrada, temiendo a

(39) San Agustín. *Confesiones*. 1. VIII (c. 5) n. 11.

(40) *Ibid* (c. 11) n.º 25.

(41) *Ibid* n.º 26.

(42) *Ibid*. (c. 5) n.º 12.

(43) *Ibid* (c. 7). n.º 18.

(44) *Ibid*. (c. 5) n.º 12.

par de muerte ser apartada de la corriente de la costumbre que le arrastraba a la verdadera muerte" (43)... "¡Miserable, pues, de mí!" (44).

"Y mientras ¿qué es lo que sucede? Levántanse los ignorantes y los rudos y arrebatan el cielo, y nosotros, Alipio, con todo nuestro saber, faltos de ánimo y voluntad, nos revolcamos en la carne y en la sangre!" (45).

"Feliz fuera siendo sabio", que afirmaba Séneca. Mas no basta para ser sabio tener sabiduría...

Felices, en cambio ¿quiénes?

Mientras así sufría puestos los ojos de la mente en aquel paso al que no me atrevía a llegar, "vi que aparecía ante mi mirada la casta dignidad de la continencia, serena, alegre pudorosamente, que con actitud honesta, amable y sonriente me invitaba a que avanzase y no dudase ya; y extendía hacia mí para recibirme y abrazarme sus manos bondadosas cuajadas de celestiales ejemplos. Allí cuántos niños y niñas, qué afluencia de juventud y de toda edad, viudas dignísimas, vírgenes hasta la ancianidad; y en todos la misma continencia, no estéril sino madre fecunda de todos los goces castos del espíritu que reciben de ti ¡oh Señor! Padre de todo bien.

"Y se burlaba de mí aquella noble matrona, con ironía alentadora como diciéndome: ¿Y no has de poder tú lo que éstos y éstas han podido? ¿O es que lo pueden éstos por sus fuerzas y no por las de su Dios y Señor? El es quien me dio en dón a ellos y por eso son castos. ¿Por qué te apoyas en ti, que no puedes tenerte en pie? Arrójate en El, no temas, que no se retirará para que caigas; arrójate seguro que El te recibirá y te sanará (46).

"Callen las lenguas de los filósofos, si me hablas Tú, Dios mío".

Confianza, súplica humilde a Dios oración del cristiano. "Y aunque no con estas palabras, pero sí con el mismo sentido y con gemido y lágrimas te dije muchas cosas como éstas, oh Dios mío: ¡Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo! Hasta cuándo, Señor, has de estar enojado! Olvida ya Señor, nuestras iniquidades. ¡Apíadese de mí vuestra misericordia!" (47).

¿Luégo?

GRACIA Y FELICIDAD

"Ensálcete, Señor, mi corazón y mi lengua y exclamen todos mis huesos, ¿quién hay, Señor, semejante a ti? Porque ¿quién era yo y cómo era yo? ¿Qué maldad no hubo en mí y en mis obras; y si no en mis obras, en mis

(45) Ibid. (c. 8) nº 19.

(46) Ibid. (c. 11) nº 27.

(47) Ibid. (c. 12) nº 28.

palabras; y si no en mis palabras en mis deseos? Mas tú, en cambio, Señor, bueno y misericordioso, me miraste y extendiendo tu diestra, me arrancaste de lo profundo de la muerte y arrojaste de mi corazón el abismo de corrupción que lo llenaba. ¡De qué hondísima sima fue entonces extraída en un momento mi libre voluntad, para que sometiese así su cuello a tu suave yugo, y mis hombros a tu ligera carga, oh Cristo Jesús, mi ayudador, mi redentor!

"¡Qué suave y fácil se me hizo en un momento carecer de la suavidad de los placeres vanos; y si antes el pensar en perderlos me horrorizaba, el gozo de dejarlos, ya me encantaba. Y ni pensaba ya en contraer honesto matrimonio sino en dedicarme en cuerpo y alma sólo a ti, lejos de todos los placeres y suavidades terrenales.

"Porque tú los echabas de mí; tú, suavidad verdadera e inefable, los echabas y en su lugar entrabas tú sabroso sobre todo deleite, aunque no a la carne ni a la sangre; resplandeciente sobre toda luz, pero escondido en lo más secreto del ánimo; ensalzado sobre todo honor, mas no para los que se ensalzan a sí.

"Y mi ánimo se encontraba ya libre de aquellas ansias corroedoras de ambicionar, de poseer, de revolcarme y restregar la comezón de mis liviandades. Todo había pasado. Y ya te ensalzaba a ti, mi luz, mis riquezas, mi salvación. Oh, mi Señor y mi Dios!" (48).

Ahora se ha realizado de verdad el ideal del Sabio. ¿Quién más feliz que él? Ya está cerca de Dios.

Era ¡a que Séneca anhelaba

Es lo que el cristianismo realizaba.

Galeno había dicho bien: "Y entre ellos los hay —los que son cristianos de veras— que viven como quienes de veras son filósofos". Son los verdaderos sabios.

"Philosophus, amator Dei", había de decir más adelante San Agustín: "El verdadero sabio es el hombre que ama a Dios" (49).

JESUS MUÑOZ, S. J.

Profesor de Psicología en la Pontificia
Universidad de Comillas (España).

(48) Lib. IX, (c. 1) nº 1 y lib. VIII, (c. 12) nº 30.

(49) El presente trabajo forma parte de uno de los capítulos de la obra del mismo autor de inmediata aparición titulada: "Angustia, Enfermedad, Placer" (Distribuidores: Alsina 2023. Buenos Aires. R. A.).